

SAN JUAN MARÍA VIANNEY

Una vida sacerdotal que sigue dando que pensar

Juan María Vianney, cuarto de seis hijos, nació en Dardilly el 8 de mayo de 1786, de Mathieu y de Marie Béluse. Era una familia modesta de campesinos, con una sólida tradición cristiana, pródiga en obras de caridad. Tras el estallido de la Revolución francesa, el nuevo párroco de Dardilly prestó juramento a la Constitución civil del clero. Seguir a tal sacerdote habría significado para Vianney no reconocer la autoridad del papa, por lo que decidió entrar en el círculo clandestino de un sacerdote «refractario». En una de estas reuniones eucarísticas, el muchacho, con trece años, recibió su primera comunión. La experiencia de tal acontecimiento dejó huella en la conciencia del joven pastor de ovejas de Dardilly. La educación cristiana recibida en familia y el testimonio valiente de un sacerdote refractario, lo marcaron profundamente. Poco a poco fue madurando en él la idea de consagrarse a Dios en el ministerio sacerdotal. Y en torno a los veinte años ya había decidido hacerse sacerdote. Existía un grave obstáculo: la ausencia de una mínima formación. Lo primero que tuvo que hacer fue aprender gramática latina con el párroco de Ecully, don Balley. Sus esfuerzos fueron en vano, pero después comenzó a tener algún resultado gracias a su perseverancia, y tras una peregrinación a San Francisco Régis en Louvesc para obtener la gracia de vencer la propia ignorancia.

Sin embargo, llegó la inesperada llamada, el 28 de octubre de 1809, para alistarse en el ejército napoleónico, combatiente en varios frentes europeos, y el joven de veintitrés años fue obligado a partir, aunque eso iba contra sus proyectos. Por diferentes circunstancias y casualidades logró desertar y, aunque buscado, fue ayudado por algunas personas a esconderse. De hecho, tras la fortuita e inintencionada fuga, tenía el convencimiento de que no podía alistarse en un ejército que era enemigo del papa. Además no habría podido dedicarse al servicio de Dios, practicando la violencia contra los hombres aunque fuesen enemigos.

Seguro de su vocación, Juan María probablemente volvió en la primavera de 1811 a Écully con don Balley, quien quería mucho a aquel joven. Gracias a su ejemplo, estima, ánimo e insistencia ante los superiores de la diócesis, logró acceder a las órdenes sagradas, tras afrontar duras pruebas. Inicialmente, de hecho, fue expulsado del seminario mayor, por no ser considerado idóneo para los estudios de preparación al ministerio sacerdotal. Don Balley asumió toda la responsabilidad y se dedicó por entero a hacerle estudiar y llevar a término la obra de Dios en aquel joven con tan buenos propósitos. Tras varias vicisitudes, Juan María Vianney

fue ordenado sacerdote el 13 de agosto de 1815 y en seguida fue enviado como coadjutor precisamente a Écully con don Balley. Allí estuvo por poco más de dos años, hasta la muerte de su protector, acaecida el 16 de diciembre de 1817. En este período completó la formación cultural y se inició en el ministerio sacerdotal, viviendo una rica y decisiva experiencia para su posterior apostolado. Juan María siempre permaneció unido a don Balley, en cuanto al espíritu de abnegación, oración, penitencia y ayuno. Y su sensibilidad intransigente fue corroborada con creces.

Es importante observar que este sacerdote había estado fuertemente influido por el pensamiento jansenista, aunque el movimiento era cada vez más débil. Don Balley tenía un profundo sentido de la tragedia del pecado, al que debía seguir una penitencia consistente en la sencillez y austeridad de vida, que se orientaba al encuentro con Dios en la oración.

Y estas mismas características conformaron el estilo de vida de Juan María.

Un nuevo y extenso capítulo se abrió en febrero de 1818 con el traslado de Juan María a Ars, «el último pueblo de la diócesis», con alrededor de 250 habitantes de condición humilde, sobre todo. La gente no era atea o anticlerical, pero vivía una religiosidad superficial y banal, esclava de los propios gustos, en ocasiones mundanos, según la mentalidad de la época. El joven sacerdote se encontró solo para llevar adelante su tarea con toda la comunidad. Su vida, en palabras y obras, tenía como primer objetivo conducir las almas a Dios, como un verdadero pastor, según el corazón de Dios. Era un desafío de altísimo riesgo. Por ello, tuvo que

sufrir oposiciones y calumnias. Sin embargo eligió el camino de la penitencia, y se arrodilló ante el Altísimo para arrancar a las almas de su parroquia de la condenación. Los primeros años en Ars estuvieron marcados por una lucha feroz contra los vicios heredados de los predicadores de la época, como los síntomas del secularismo, bailes, tabernas o el descuido en el cumplimiento del precepto dominical. De hecho, se hacía notar el fenómeno del abandono, más grave entre los hombres, que había acompañado a la Revolución francesa.

Exhortó a sus parroquianos a llevar una intensa vida religiosa por medio de la frecuente participación en los sacramentos, especialmente en la eucaristía. Es precisamente poniendo las bases de la vida espiritual cristiana con sus fieles, como logró suscitar la conversión de gran parte de su parroquia. El fervor auténticamente cristiano se extendería como una mancha de aceite.





El éxito de la parroquia de Ars se explica con el proyecto pastoral de Vianney, que había consagrado su vida para salvar a todo hombre. De hecho, **se dedicó enteramente a la parroquia sin reservarse para sí ni lo más mínimo de su tiempo**. Los primeros años estuvieron marcados por un riguroso régimen de penitencia y de ayuno, que le causaron problemas de neuralgia. Su vida era una continua llamada a los cristianos de Ars. La intensa cura de almas de Juan María estaba atenta a las peticiones de los más necesitados. Para ayudar a las jóvenes muchachas sin formación y de condición humilde, instituyó la Casa de la Providencia. y posteriormente creó otro espacio para los jóvenes, sabiendo lo importante que era la formación, tras haber sufrido personalmente las consecuencias de la ignorancia. Además de esto, siempre estaba dispuesto a socorrer y ayudar a los pobres y

enfermos. En un contexto religioso de pobreza espiritual, el cura de Ars se ocupó también de lo material: intentó curar heridas y, sin duda, de llevar la riqueza de Cristo.

Muy pronto se extendió su fama por los alrededores, debido a su santa conducta y al ministerio desarrollado por medio de algunas misiones populares. Acudían a su iglesia un número cada vez mayor de peregrinos, atraídos por su estilo de vida, para recibir una palabra de aliento, así como la absolución sacramental. Ars se convirtió en el modelo para la diócesis por sus frutos espirituales y también fue lugar de prodigios y de curaciones. En el proceso de canonización muchos testificaron los beneficios corporales que habían recibido en Ars. ¿Quién fue el autor? El piadoso pastor se había dado cuenta de los signos que se producían y estaba completamente sobrecogido por la gloria que se le atribuía. Este estaba convencido de que los prodigios eran un signo divino que remitían a una curación más profunda. Y sin deseos de que se manifestasen fenómenos de atracción popular, trató de alejar la atención hacia sí.

Su apostolado en Ars también le ocasionó no pocos sufrimientos: al principio tuvo que soportar las calumnias difamatorias de algunos parroquianos, y después las de los sacerdotes de los pueblos cercanos. En 1843 Vianney enfermó gravemente y sólo las oraciones y un voto a «santa Filomena» lo salvaron de la muerte. Tras la enfermedad, y vistas las abundantes tareas pastorales se le designó un colaborador, don Antoine Raymond. Seguramente el nuevo colaborador libraría a Vianney de muchas fatigas, pero también fue una cruz que tuvo que soportar. A pesar de no querer quitar ningún mérito al coadjutor, es verdad que también tenía un carácter difícil, quizá celoso, a veces agobiante y no exento de autoritarismo. Existieron también contratiempos en la vida pastoral que, a pesar de las resistencias de su voluntad, él aceptó. Por ejemplo, la Casa de la Providencia por la que había luchado y sufrido, tuvo que ser cedida a las Hijas de San José. El santo, aunque estaba contento de poder asegurar el futuro de una institución tan querida para él, vivió la cesión con dolor.

Además, casi durante todo el período de tiempo pasado en Ars, Juan María vivió una profunda crisis. Era tan fuerte en él el sentido de la propia incapacidad y de la no idoneidad para el ministerio pastoral, que deseaba retirarse en soledad para expiar sus pecados. Le parecía terrible tener que morir como párroco. Pero todas las peticiones al obispo fueron inútiles, simples intentos, hechos por iniciativa propia, para huir de Ars (1841 y 1853). Pero pensar que podría llevar a Dios tantas otras almas lo empujaba a permanecer, primando sobre la propia voluntad. Y a pesar de estar turbado interiormente pensando en que se condenaría por la eternidad, siempre permaneció en Ars, donde el 4 de agosto de 1859 le llegó la muerte, que aceptó con sencillez y abandono confiado en Dios.

Logró superar los momentos de crisis interior comprendiendo que él, en cuanto apóstol de Dios, podía reconducir a Él las almas que le habían sido confiadas. El confesionario se convirtió en su campo de batalla, donde pasó la mayor parte de su tiempo y de su servicio pastoral en Ars. Pero también era el lugar donde sus fieles podían experimentar la misericordia de Dios, que él mismo había comprendido lentamente, gracias al descubrimiento de la moral alfonsiana.

Por encima de todo, para Vianney estaba el «bon Dieu». Salvar las almas significaba, de hecho, dar a conocer a Dios y así hacer que los fieles se conviertan en discípulos de Cristo. Su sobria pobreza indicaba que la única riqueza era Cristo. Juan María Vianney fue beatificado el 8 de enero de 1905 y posteriormente canonizado el 31 de mayo de 1925; fue declarado patrón de los sacerdotes de todo el mundo. La gloria que la Iglesia le ha atribuido nace de la santidad de su vida modesta, que transcurre acogiendo y haciendo propios los valores que le habían sido dados. La santidad del cura de Ars reside en la cotidianidad de un ministerio perseverante y en la constante fidelidad a su «bon Dieu».

(Texto de L. Testa, o.c. p. 1379-1384)

